

Un Día en que no Hay Tema

por Sebastián Salazar Bondy

El segundo cigarrillo anda por la mitad y sólo ahora, tras una hora de meditar, dar vueltas, revisar libros y barajar papeles con apuntes o notas, comienza el cronista a escribir. Y, sin embargo, todavía no tiene tema. Hay un espacio en la "rama" (así se llama el marco de metal donde se ajusta la composición tipográfica de la página) esperando los lingotes de un artículo. ¡Y pensar que hay quienes lo envidian a uno! Esto, para el lector, es soplar y hacer botellas, pero hay días en que parece que no sucede nada o que —tal vez esto sea la verdad— el periodista no capta nada de lo que acontece alrededor. No obstante, es obligatorio escribir. Cuando más abrumado se siente uno, surge una idea que no se puede considerar brillante, aunque resulta salvadora. La falta de tema —se piensa— es un tema. Intentemos escribir sobre él.

Algo lamentable obstaculiza el propósito: la falta de tema no tiene tema. ¿Qué se ha de decir? Imposible afirmar que no pasa nada, porque en realidad cada hora, cada minuto, cada segundo, ocurren hechos justos e injustos, acontecimientos que es necesario aplaudir o condenar, ya que ésa es la función de un articulista. A cuántos lectores les resultará absurdo, puesto que tendrán innumerables cosas sobre las cuales llamar la atención pública, que a aquel que dispone de una columna en un diario, un día, por sabe Dios qué causas, todo se le ofrezca rutinario. En fin, tampoco la totalidad de lo que sucede merece un comentario extenso, y bastante de ello ya ha sido tratado antes, una y varias veces, sin que quede nada singular y distinto que agregarle. Como es lógico, hay una norma que se aplica para justificar el análisis amplio de determinado asunto, la cual consiste en el grado de interés general que éste tiene. No se va a escribir un artículo a dos columnas sobre la gotera que un vecino del Chirimoyo soporta en el dormitorio de su casa, ni sobre el apremio que tiene cierta persona con relación a la tramitación de cierta solicitud presentada a un Ministerio. Porque, aunque parezca mentira, hay lectores que acuden al periódico a reclamar que se ocupe de cuestiones que les atañen individual y exclusivamente.

Pero mal que bien, se va saliendo del paso. Uno

expone la falta de tema y, aunque poco, hay algo de ahí que destila. Cualquiera otro tipo de profesional estaría feliz en una situación semejante: sin nada que hacer, se cruzaría de brazos, tomaría una novela o se pondría a jugar "michi" con un compañero. En el periodismo no. Sin tema, es decir, sin qué hacer, hay que hacer. Cuántas veces, aquí, entre nosotros, nos intercambiamos la misma angustiada queja: "No tengo tema". Y si uno de nosotros encuentra uno, se lo guarda con avidez y cierto cándido egoísmo, pues en días como éstos encontrar el tema es hallar agua en un desierto superpoblado por sedientos. A veces, cuando nos sobran asuntos, nos volvemos pródigos y los regalamos. Somos derrochadores y no nos preocupa la escasez de mañana, primero por defecto propio, y luego, porque como el pan los temas sólo son aprovechables cuando están calientes, dorados y crocantes. Con gran razón, al tema pasado de moda la jerga lo denomina "fiambre". Un detalle más, éste un tanto reprobable, en torno al problema: en ciertas ocasiones, vendemos y compramos temas, no por dinero, pero sí por servicios. El hecho de que el tema se vuelva mercadería y entre en el juego económico de la oferta y la demanda, prueba cuán importante nos es.

La situación de carestía la pueden solucionar los lectores y, de hecho, la solucionan. Una carta oportuna, una llamada telefónica o una sugestión directa, pueden abrir una perspectiva de temas novedosos e interesantes. Es ésta una ocasión para invocar la colaboración del público, a cuyo servicio está el periodista, pidiéndole su auxilio. El favor, entonces, es recíproco. Un tema —siempre y cuando, por supuesto, sea digno de ocupar las columnas del diario— a cambio de una campaña de beneficio general. El pacto, en verdad, está siempre suscrito, y se acata por ambas partes, aunque cabe incrementarlo más aún. De esta manera se solucionan dos conflictos: el del lector, por un lado, y el del cronista, por otro, y en este último caso se habrá cumplido —como ahora de una manera un poco tramposa lo hace el que esto firma— ese precepto que el Director invoca cuando nos lamentamos de la incuria temática: "Un buen periodista siempre tiene tema". Como precisamente acaba de suceder con esta nota, a la cual, regocijado, el articulista pone punto final.